

pedaza: el mar abre sus inmensas fauces, y el pianista y los que le escuchaban se sepultan para siempre en sus abismos sin fondo.
Dolor supremo, infinita agonía de un momento!
Ese hombre era FELIPE LARRAZABAL.

MANUEL POMBO.

NOCHE A ORILLAS DEL META.

Pasando una extensa sabana, cuando ya el sol se acercaba al occidente, noté que el ganado, al llegar á cierto punto, iba formando un gran círculo. Excitada mi curiosidad, quise examinar el objeto de tan extraña congregacion. Detúveme, en efecto, y comencé á observar que, á proporcion que el ganado iba llegando, tomaba cierto puesto: las vacas, luego que con sus bramidos peculiares llamaban á sus hijos, confundidos entre la tropa, y que estos se apresuraban á obedecer el llamamiento, les daban de mamar por última vez, y luégo los impulsaban suavemente al centro del círculo, en donde seguian jugueteando con sus aprisionados compañeros, á quienes habia sucedido otro tanto: poco despues ya las vacas tenian cerrado el círculo con sus hijos en el centro.

Luégo llegaban los toretones, y tomaban sus puestos, formando otro círculo al rededor de las vacas. Finalmente los grandes toros venian á formar el último círculo.

Desde luégo comprendí que tales preparativos no podian tener otro objeto que el de preservar á los pequeñuelos y á la manada entera de los ataques nocturnos del tigre: pero estos preparativos, vistos filosóficamente, eran admirables, y estaban llenos de expresion. Ya se puede suponer cuál seria el resultado del ataque de un tigre á aquella masa compacta de animales, prontos á sacrificar su vida ántes que dejar arrebatarse á ninguno de sus hijos.

Extasiado con la vista de aquel cuadro, no advertí que la noche ya habia extendido su negro ropage, y que la naturaleza se iba entregando al reposo. Tuve, pues, que hacer alto en aquella sabana, y hospedarme á las orillas de un pequeño bosque, en cuyos árboles colgué mi hamaca para pasar la noche.

Los peones que traía, se ocuparon en amarrar las bestias, y en recojer paja, para formar una hoguera que nos preservara de los ataques del tigre, que en aquellas selvas existe en gran número.

Aun cuando ya repetidas veces me había hospedado á las orillas de los bosques, nunca había oído ruidos más extraños que en aquella selva. Multitud de insectos producían una serie confusa de sonidos, que semejaban los de mil instrumentos diversos. El Perico-Ligero exhalaba constantemente un grito lastimero, un *ai*, que debilitándose, formaba una escala completa de tonos. Pájaros nocturnos lanzaban gritos monótonos, ó cantaban un duo melancólico.

El tigre hacía oír su grito, que resonaba en la selva: sonido flautado con una fuerte aspiración pectoral, que imitaba el sonido de *hou! hou!*

Las vacas y los toros que quedaban inmediatos, anunciaban con mugidos la presencia del terrible enemigo, y de cuando en cuando se oían tropeles, que tal vez anunciarían el combate entre el ganado y el tigre.

Los zabinos y cafuches, atacados sin duda por aquel animal, daban gritos, que asustaban á los micos y monos, quienes á su turno abullaban, despertando á los pájaros, que se oían rodar entre las hojas de los árboles.

Èse ruido y confusión que agitaba las selvas, eran debidos solamente á la presencia del tigre, que interrumpía el pacífico reposo de los habitantes de las selvas, de la sabana y aún de nosotros; pues á cada momento era forzoso hacer uso de las escopetas para ahuyentarlo, cuando trataba de atacar las bestias ó invadir nuestro pacífico albergue. Cada vez que se hacía un tiro, todo quedaba en silencio: pero no tardaba en reproducirse con mayor fuerza aquel ruido singular.

Millares de insectos fosfóricos, repartidos por todas partes, prendidos en los árboles ó en las pajas de la sabana, ó volando en todas direcciones, alumbraban de una manera prodigiosa el espacio.

Tan luego como aparecieron los primeros rayos de luz, precursores del día, mis primeras miradas se dirigieron á donde estaba el ganado. Todo él estaba en desorden, excepto en el centro del círculo, en donde las vacas se hallaban aún recostadas al rededor de sus hijos.

Los toros y toretones estaban esparcidos en todas direcciones; lo que me hizo juzgar que efectivamente había tenido lugar algún combate con el tigre, en el cual sin duda el ganado saliera vencedor.

A proporcion que la luz venia á aclarar los objetos, todo tomaba el carácter amable y risueño que tanto anima la naturaleza; y á los sonidos lúgubres de la noche se sucedian los cantares de los pájaros, que saludaban con su entusiasmo inocente la salida del astro vivificador.

GENARO VALDERRAMA.

LA SIEMBRA DEL TRIGO.

I.

Llámase *trilla* la operacion de desprender los granos del trigo, de las espigas.

La produccion del trigo, como lo saben los agricultores, requiere muchas operaciones, desde la eleccion de la semilla, hasta su pulverizacion en los molinos.

En los pueblos de Colombia, en que el trigo es la principal produccion agrícola, la siembra de esta riquísima gramínea es una fiesta, en que toman parte todos los agricultores convecinos.

Expliquemos este punto.

La siembra del trigo no se hace simultáneamente en todo terreno preparado para ella. Los productores verifican lo que en Colombia se llama CONVITES, con el fin de que las siembras se realicen en el menor tiempo posible.

Cuando un agricultor quiere sembrar el trigo, invita á sus vecinos con algunos dias de anticipacion, y se dá principio con el aramiento del terreno, á cuya operacion contribuyen mayor ó menor número de parejas de bueyes, segun sea el área arable.

II.

En una ocasion tuve el gusto de asistir á una siembra en el pueblo de M. . . . del Estado de Santander.

Yo habia suplicado á un jóven agricultor, amigo mio, que